

La calle
Diario de un espectador
Don Sergio
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 26 de octubre de 2007

Pasado mañana, domingo 28 de octubre, se cumplirán cien años del nacimiento de Sergio Méndez Arceo, uno de los mayores hombres de Iglesia del siglo XX mexicano. Nació en Tlalpan y murió en la ciudad de México el 8 de febrero de 1992. Nueve años atrás había concluido su misión como obispo de Cuernavaca.

Ordenado como sacerdote en 1934, se orientó inicialmente a la vida intelectual. Fue doctor dos veces, tanto en filosofía como en historia eclesiástica. Fue profesor del seminario mayor de México. A eso se dedicó durante 18 años, pero en 1952 las voluntades del arzobispo primado de México don Luis María Martínez y de don Guillermo Pianni se unieron para recomendar que el Papa Pio XII lo elevara al rango episcopal. Así, tomó posesión en 1952 de la diócesis de Cuernavaca, en una etapa en que la capital de Morelos apenas veía crecer sus calles entre cañadas por la llegada de turistas que se hospedaban en el Casino de la Selva o el hotel Vista Hermosa o de nuevos residentes que adquirían extensos predios en los fraccionamientos de que habían sido pioneros Miguel Alemán, antes de ser presidente de la república, y su querido compañero Gabriel Ramos Millán, que murió en el mismo accidente aéreo en que falleció Blanca Estela Pavón.

Al llegar a su sede episcopal, Méndez Arceo conoció al abad del monasterio de santa maría de la Resurrección, el monje belga Gregorio Lemerrier, que impulsaba una reforma de la orden de los benedictinos. Propiciaba la renovación del arte litúrgico, logrado propósito en que descolló fray Gabriel de la Mora, cuyos diseños en tela y madera están vigentes todavía hoy. También quería Lemerrier combatir las falsas vocaciones, que llevaban a vivir vidas desdichadas a quienes elegían por error la vida sacerdotal. Practicó con ese fin el sicoanálisis, a que se cometían quienes querían profesar en su convento, que aun después de fallido ese experimento fue un activo lugar de recogimiento y encuentro, laicizado después de que su fundador abandonó el sacerdocio. Las vicisitudes de esa congregación monástica, el apoyo que le brindó don Sergio contra la inquisición vaticana sería más tarde recogido por Vicente Leñero en una de sus primeras piezas dramáticas, Pueblo rechazado.

Bien dispuesto a la innovación, don Sergio acogió también con amplitud de criterio al padre Iván Illich, que instaló en Cuernavaca el Centro intercultural de documentación, inicialmente ideado para “desyanquizar” a los padres norteamericanos que irían a evangelizar en Latinoamérica, pero que fue también un centro de reflexión profunda sobre el papel de los clérigos en el catolicismo. Expuesto también a la enfermiza vigilancia del Santo oficio vaticano, el Cidoc fue primero sujeto a prohibiciones para la formación de sacerdotes y finalmente cerrado. Sirvió, sin embargo, para que Illich trabajara sus revolucionarias ideas sobre la desescolarización y sobre la iatrogenia, denuncia de los males que causan los hospitales en su afán de curarlos.

En la renovación litúrgica se hizo notorio también don Sergio. Remozó la enorme catedral y la limpió de ornamentos que nada tenían que ver con su función, pues un templo cristiano debe propiciar el diálogo con el Salvador y no con quienes interceden ante él, como los santos y las advocaciones de la Virgen. E introdujo la música folclórica, con instrumentos mexicanos y latinoamericanos, en vez del canto gregoriano que, hermoso y todo, sonaba cada vez más lejano a los oídos de la gente común. La Misa panamericana se convirtió así en nuevo imán que atraía cada domingo a visitantes a Cuernavaca, de otra naturaleza que quienes sólo perseguían descansar. Por ello el obispo de Cuernavaca fue un entusiasta partidario de las reformas que en esas materias introdujo el concilio Vaticano II.